

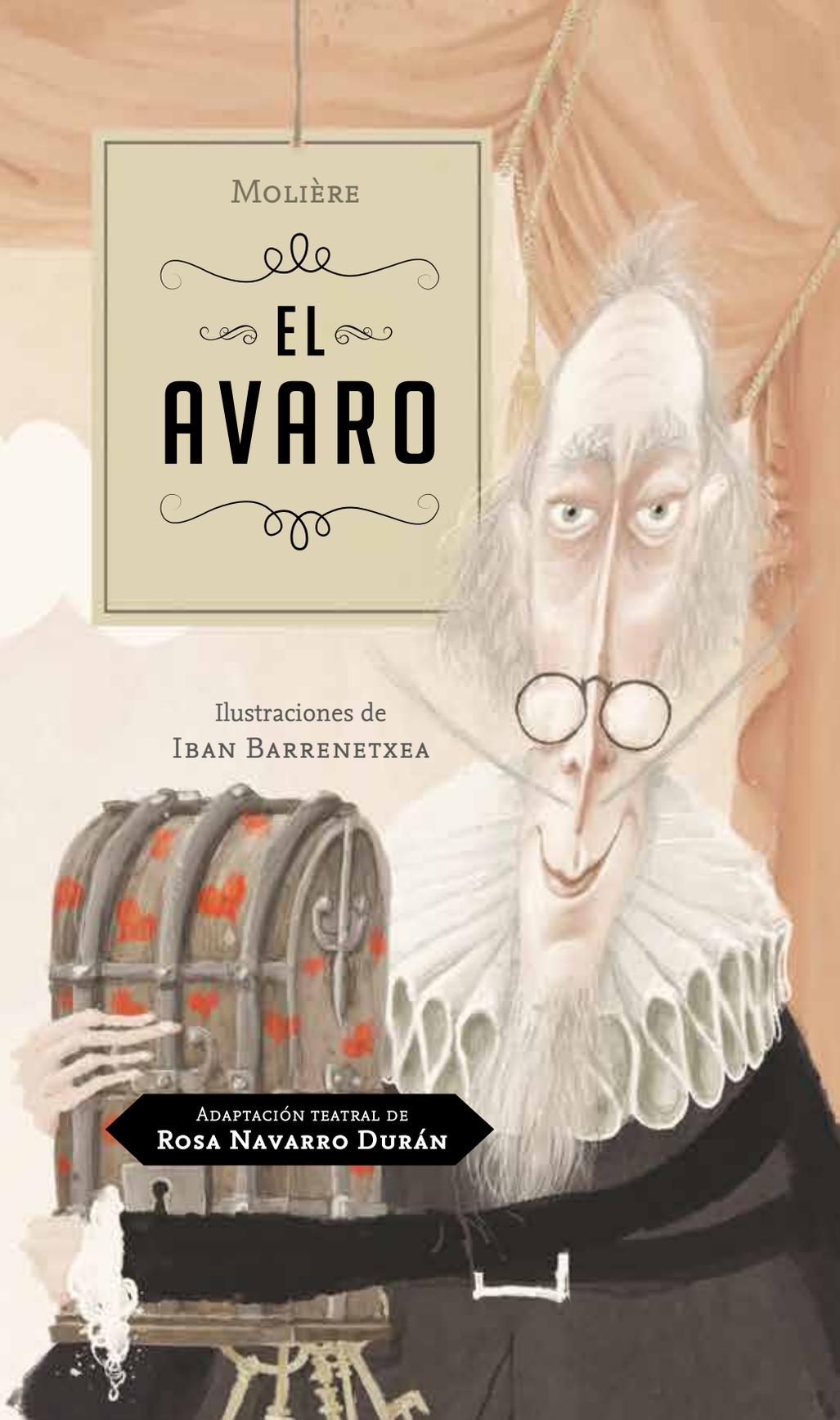
MOLIÈRE

le
EL
AVARO

Ilustraciones de
IBAN BARRENETXEA

ADAPTACIÓN TEATRAL DE
ROSA NAVARRO DURÁN

edebé



MOLIÈRE



**EL
AVARO**



edebé

© del texto, Rosa Navarro Durán, 2021
© de las ilustraciones, Iban Barrenetxea, 2021

© de la edición, Edebé, 2021
Paseo de San Juan Bosco, 62
08017 Barcelona
www.edebe.com

Atención al cliente: 902 44 44 41
contacta@edebe.net

Directora de Publicaciones: Reina Duarte
Diseño: Book & Look

1.ª edición, septiembre 2021

ISBN: 978-84-683-5369-2
Depósito legal: B. 7129-2021
Impreso en España
Printed in Spain
EGS - Rosario, 2 - Barcelona

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

MOLIÈRE



EL AVARO



Ilustraciones de
IBAN BARRENETXEA



ADAPTACIÓN TEATRAL DE ROSA NAVARRO DURÁN

edebé



DRAMATIS PERSONAE



HARPAGÓN, padre de Cleantes y de Elisa,
y pretendiente de Mariana.

CLEANTES, hijo de Harpagón y enamorado
de Mariana.

ELISA, hija de Harpagón, enamorada de Valerio.

VALERIO, enamorado de Elisa.

MARIANA, enamorada de Cleantes y pretendida
por Harpagón.

ANSELMO, un caballero rico.



EL FLECHA, criado de Cleantes.

FROSINA, alcahueta.

MAESE SIMÓN, intermediario.

MAESE JAIME, cocinero y cochero de Harpagón.

SEÑORA CLAUDIA, sirvienta de Harpagón.

BRIZNADEAVENA Y EL MERLUZA, lacayos de Harpagón.

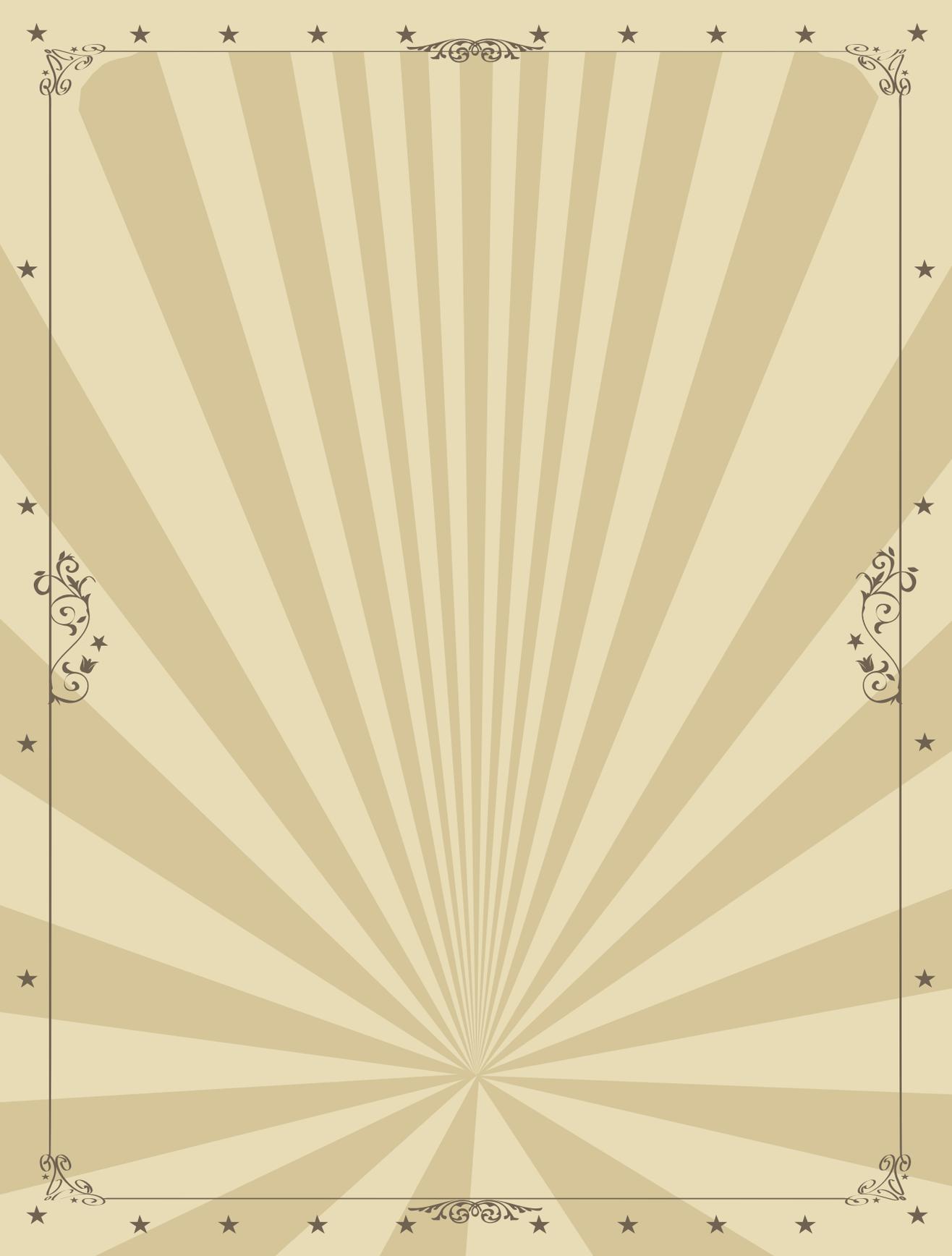
EL COMISARIO Y SU AYUDANTE.



LA ACCIÓN SUCEDE EN PARÍS.







ACTO PRIMERO

ESCENA I

VALERIO Y ELISA

VALERIO. ¿Elisa, por qué estás triste? Acabas de prometer ser fiel a nuestro amor, y veo que suspiras, ¡con lo contento que estoy yo! ¿Quizás te pesa haberme hecho feliz?, ¿te arrepientes ya de nuestro compromiso?

ELISA. No, Valerio, no me arrepiento de nada de lo que hago por ti. Una dulce fuerza me arrastra a ello y ni tan siquiera puedo desear que no sea así. Pero estoy inquieta porque tengo miedo de amarte más de lo que debiera.

VALERIO. ¿Pero qué puedes temer al quererme?

ELISA. ¡Ay! ¡Cien cosas a la vez! La furia de un padre, los reproches de una familia, las censuras de la gente. Y más que nada, Valerio, el cambio de tus sentimientos y esa frialdad criminal con la que los hombres pagáis a menudo las muestras demasiado ardientes de un amor inocente.

VALERIO. ¡Por favor, Elisa, no me juzgues a mí por lo que los demás hacen! Te amo demasiado para faltar a mi palabra. Mi amor por ti durará toda mi vida.

ELISA. ¡Ay, Valerio! Todos decís lo mismo, son las acciones las que os diferencian.

VALERIO. Pues si es así, espera a juzgar mis sentimientos por ellas y no busques olvidos llevada por tus injustos temores. ¡No acabes conmigo solo con las sospechas que inventas! Dame tiempo para convencerte con mil pruebas de mi profundo amor.

ELISA. ¡Ay, qué fácil se deja persuadir una por la persona a la que ama! Sí, Valerio, estoy convencida de que no me vas a engañar, sé que me amas realmente y que me vas a ser fiel. Dejo, pues, estas dudas y solo atribuyo mi tristeza a mi desazón al pensar cómo pueden reñirme por quererte.

VALERIO. Pero ¿por qué esa inquietud?

ELISA. Nada temería si todos pudieran verte con mis ojos. Mi corazón se defiende mostrando tu mérito y el hondo agradecimiento que te debo. Me acuerdo a todas horas de ese terrible peligro por el que pasé y que llevó a conocernos, de la total generosidad con que arriesgaste tu vida por salvar la mía de la fuerza de las olas, de lo muy tiernamente que me cuidaste después de sacarme del agua, de cómo desde entonces me has mostrado tu apasionado amor, tanto que ha hecho que te olvides de padres y patria y te has quedado aquí, junto a mí. ¡Incluso has llegado a ocultar tu condición para entrar al servicio de mi padre solo para verme! Por supuesto que todo esto justifica que acepte yo nuestro compromiso, pero quizás no baste para hacerlo a ojos de los demás y no estoy segura de que admitan mis sentimientos.

VALERIO. No pretendo que me quieras por nada de lo que has dicho, sino solo por mi amor. En cuanto a tu padre, es tan tacaño y vive con sus hijos de forma tan miserable que su conducta

podría justificar cosas más extrañas. Siento mucho, mi amada Elisa, hablar así de él, pero sabes muy bien que nada bueno puedo decir tocante a su avaricia. Sin embargo, si, como espero, puedo volver a ver a mis padres, no nos costará nada convencerlo. Aguardo con impaciencia noticias tuyas, y si no llegan pronto, iré yo mismo a buscarlas.

ELISA. ¡Ay, Valerio, no te marches de mi lado! Y procura sobre todo caer bien a mi padre.

VALERIO. No hago otra cosa, Elisa. Me paso el día alabándole, me pongo una máscara de simpatía para complacerle y represento todos los días el papel que me conviene para conseguir su confianza. Para ganarse a los hombres no hay mejor camino que aplaudir todo lo que hacen, y no hay que tener miedo de excederse en los elogios, porque no hay nada ridículo o impertinente que no traguen si se envuelve en alabanzas. La sinceridad se resiente un poco en el oficio que desempeño; pero, cuando se necesita a los hombres, no hay más remedio que ajustarse a ellos. La culpa no es de los que alaban, sino de los que quieren ser alabados.

ELISA. ¿Pero por qué no intentas ganarte el apoyo de mi hermano? Nos sería muy útil, ¡no vaya a ser que la criada revele nuestro secreto!

VALERIO. No puedo estar a bien con los dos porque la forma de ser de padre e hijo es totalmente opuesta. En cambio, tú sí que podrías lograr que estuviera de nuestra parte. Precisamente ahora viene; me voy. Aprovecha este momento para hablarle, pero no le descubras nuestro amor hasta que no veas el terreno preparado.

ELISA. No sé si voy a atreverme a hacerle esta confidencia.





—) (—
ESCENA II
—) (—

CLEANTES Y ELISA

CLEANTES. Me alegro de encontrarte sola, hermana mía. Estoy deseoso de hablarte, de confiarte un secreto.

ELISA. Soy toda oídos, hermano. ¿Qué tienes que decirme?

CLEANTES. Muchas cosas, Elisa, envueltas en una sola palabra: amo.

ELISA. ¿Estás enamorado?

CLEANTES. Sí, lo estoy. Pero antes de seguir, sé muy bien que dependo de un padre y que estoy sometido a su voluntad; que no debemos, como hijos, comprometernos sin su consentimiento; que, como él no está bajo el efecto de ninguna loca pasión, puede equivocarse mucho menos que nosotros y saber mucho mejor lo que nos conviene; que es mejor ver con la luz de su prudencia que con la ceguera de nuestros sentimientos, y que el arrebato de la juventud nos lanza a menudo al precipicio. Te digo todo eso, hermana, para que no te molestes en repetírmelo porque mi amor no quiere escuchar nada de nada. ¡Por favor, no me des un sermón!

ELISA. ¿Te has comprometido ya con la mujer a la que amas?

CLEANTES. No, pero estoy decidido a hacerlo. Y de nuevo te pido que no me des razones para disuadirme de ello.

ELISA. ¿Pero tú me ves capaz de hacerlo?

CLEANTES. No, pero tú no estás enamorada y no puedes saber cómo el amor domina el corazón por completo, y me da miedo tu sensatez.

ELISA. ¡Ay, hermano mío, no hablemos de mi sensatez! No hay nadie que carezca de ella al menos una vez en su vida. Y si te abriera mi corazón, quizás sería a tus ojos menos sensata que tú.

CLEANTES. ¡Ay!, ¡ojalá tu alma como la mía...!

ELISA. Acabemos antes con tu asunto, y dime de quién estás enamorado.

CLEANTES. Es una joven que hace poco que vive cerca de casa. Es hermosísima y me enamoré de ella en cuanto la vi. Se llama Mariana y vive con su madre, que está casi siempre enferma, ¡cómo la cuida ella! La atiende, la consuela con una ternura que te conmoviera. Es dulce, buena, honesta, y lo hace todo con alegría, con gracia. ¡Ay, Elisa, me gustaría que la hubieras visto!

ELISA. Me la imagino por todo lo que me dices, y me basta saber que la amas para darme cuenta de cómo es.

CLEANTES. Me he enterado bajo mano de que no tienen dinero y de que su modesta forma de vivir no basta para cubrir sus necesidades. Imagínate, hermana, lo feliz que sería si pudiera ayudarlas y supongo que adviertes el dolor que siento ante mi impotencia de hacerlo por la avaricia de nuestro padre y de no poder, por tanto, ofrecerle ninguna prueba de mi amor.

ELISA. Sí, me imagino, hermano mío, tu desconsuelo.

CLEANTES. ¡Ay, es mayor del que puedas suponer! No hay nada más cruel que esa tacañería de padre, que condiciona toda nuestra vida y ¡para qué! ¿Para heredar sus bienes? Tal vez nos lleguen cuando ya no podamos gozar de ellos. Tan solo para mantenerme y vestir decorosamente tengo que empeñarme por todas partes y todos los días. En fin, que he querido contártelo todo para que me ayudes a sondear a padre sobre mi deseo de comprometerme con Mariana. Y si veo que no está de acuerdo, he decidido marcharme con ella e intentar buscar la fortuna que el cielo quiera darnos; y para ello estoy intentando desesperadamente conseguir dinero prestado. Y si tus problemas, hermana, son como los míos y nuestro padre se opone a nuestros deseos, pues nos vamos los dos y lo dejamos solo, ¡así nos liberaremos de esta tiranía insoportable bajo la cual nos tiene su avaricia desde hace tiempo!

ELISA. Es cierto que todos los días nos da motivos para sentir hondamente la muerte de nuestra madre y que...

CLEANTES. Oigo su voz. Apartémonos un poco para acabar de hablar y así juntaremos nuestras fuerzas para enfrentarnos a su insoportable forma de ser.

